

PORTUGAL

CAPÍTULO SEXTO

LISBOA

1852.

Dice el proverbio: *Quien no ha visto a Lisboa, no ha visto cosa boa*. Todas las narraciones de viajes nos dicen otro tanto, y en cualquier libro de geografía se puede leer que la capital de Lusitania, juntamente con Constantinopla, Nápoles, Estokolmo y Rio Janeiro son las ciudades mas hermosas del mundo. ¿Cómo diré, pues, la impresion que en mí produce? Me parece un inmenso hacinamiento de casas en las márgenes de un rio, que nada tiene de característico ni de pintoresco. Para ser característica la ciudad, necesitaria edificios notables y originales; para ser pintoresca, le falta el campo. Está construida sobre una colina y se termina bruscamente en el horizonte, sin tener ese fondo tan interesante para la armonía de la perspectiva. Todo es tan extenso, tan ancho y se dibuja de tal modo en el azul del cielo, que involuntariamente se busca una cadena de montañas, la espesura de una selva en que la vista pueda descansar.

El cielo, a lo largo de la costa portuguesa, casi siempre está nebuloso y cubierto; el aire y el agua no tienen esos tintes calientes tan admirables en los países del Mediodía. No se ven palmeros ni cipreses, todo es frio y monótono como en algunas comarcas de Alemania: ciudad por ciudad, Praga es mucho mas pintoresca. La *Otrabanda* es la única parte verdaderamente hermosa, y sin

embargo no tiene bastante grandeza para que la impresion que produce aproveche al conjunto.

A lo largo del rio y en el espacio bastante estrecho que no está en la pendiente, hay largas calles regulares y hermosas plazas como se ven en pocas capitales europeas. La *Praça do commercio* es verdaderamente magnífica: es el centro de la ciudad nueva; todos sus edificios están uniformemente construidos por el estilo neo-romano y son de una blancura deslumbrante. Varias anchas vías paralelas terminan perpendicularmente en esta plaza: las mas hermosas son la *Rua Augusta* y la *Rua Aurea*. La *Rua Buonavista*, paralela con el Tajo, termina en el palacio de *Necesidades*, que está hoy ocupado por la reina y por su familia. En estas diversas calles se encuentran vastos edificios, verdaderamente dignos de una gran ciudad con almacenes ricamente decorados. Acercándose a *Necesidades*, las casas son ménos regulares y están ménos bien alineadas: conforme al gusto portugués, están pintadas con aceite de vivos colores, verdes ó azules generalmente.

En la pendiente de la colina se halla la ciudad antigua, que forma con los nuevos cuarteles el contraste mas completo. Es una tortuosa greca que sube y que baja: las calles están embarazadas con muladares, cadáveres de animales y ratas: es necesario tener un gran valor, no ya para habitar allí, sino para transitar por aquellos puntos. Sin embargo, los portugueses nada de esto quisieran cambiar por todo el oro del mundo: se encuentran a sus anchas en medio de aquellos arroyos y aquellas montañas de inmundicias; parece que son su elemento.

Recorriendo las calles de Lisboa queda uno persuadido de que hay en la ciudad tantos loros como cristianos, y cerrando los ojos, podria creerse en alguna selva virgen del Brasil. En cada piso, en cada ventana se vé uno de esos pájaros de pintadas plumas: las conversaciones que estos ciudadanos de América cambian entre sí desde el primer piso hasta la buhardilla, de palacio a palacio y de casa a casa, son un suplicio para los oídos. No abunda ménos la ciudad en negros y negras que forman aquí una colonia particular. Ejercen el monopolio de blanquear las casas; se creeria que este privilegio, bastante cómico, les fué concedido en otro tiempo por algun extravagante capricho de las autoridades.

Hay en Lisboa una especie de carruajes llamados *sech* que son muy originales y perfectamente a propósito para el carácter del terreno: es una pequeña carretela montada sobre dos ruedas enormes y tirada por dos caballos, de los cuales uno vá enganchado en las varas, y en el otro vá montado el conductor. Este vehículo parece que debe ser muy incómodo y al mismo tiempo muy peligroso; pero puede tener sus ventajas para hacer largas correrías en la ciudad, a causa de la desigualdad del piso.

La alta sociedad se viste a la francesa. Las mujeres del pueblo usan pañuelos blancos en la cabeza y unas grandes capas muy pesadas, indispensable precaucion contra los inconvenientes del clima, porque en medio de los calores del mas ardiente verano, cae repentinamente sobre la ciudad un frio glacial, y la corriente de aire del Tajo sopla en las calles con grande aspereza.

En nuestro país nos formamos de Lisboa una idea muy equivocada. Nos representamos a la ciudad rica en monumentos históricos, situada en la comarca mas risueña, con el clima mas suave; la embellecemos con todo el esplendor de los tintes meridionales, con toda la magnificencia de una vegetacion tropical; nos imaginamos que el Tajo corre bajo un cielo azul, al pié de palacios de mármol, sosteniendo en sus plateadas olas centenares de góndolas doradas y galeones cargados con metales preciosos; nos figuramos en sus márgenes un pueblo bullicioso y festivo que canta melodiosas canciones acompañándose con las armonías de la guitarra. Pero todo esto no es mas que fantasía: la ciudad es grande, pero diseminada sin plan alguno; no es raro encontrar las casas separadas por campos, siendo la arquitectura de aquellas vulgar y monótona; no hay azoteas como en el Sur, sino techos inclinados como en nuestro país. En materia de monumentos, casi nada se encuentra, aunque es verdad que la ciudad carece de carácter histórico.

El campo mismo nada tiene de pintoresco: se ven largas cadenas de colinas como en Alemania, pero no están cultivadas con el mismo esmero que entre nosotros: hay pocos árboles, y numerosos molinos de viento que hacen pensar en Leipzig. Las *quintas* de los ricos, habitaciones de campo formadas a los lados de los caminos, son las únicas que recuerdan con su vegetacion que es-

tamos en el Mediodía; pero si por un momento puede el viajero entusiasmarse a la vista de un bosquecillo de naranjos ó laureles, un golpe de viento glacial y un cielo gris vienen muy pronto a calmar sus trasportes.

Pasó ya el tiempo en que habia góndolas en el Tajo: las riquezas de Portugal han desaparecido bajo el azote de la revolucion y bajo la mano protectora de Inglaterra. El pueblo, que presenta una grande semejanza con los monos, es grave y desconfiado; su idioma, si Dios tiene piedad de nuestros oídos, no deberá ponerse en canciones jamás, porque en mi vida he oído nada mas discordante y mas monótono: es a la lengua española lo que el dogo al lebre; y ya que de perros hablamos, diré que en ninguna parte he visto correr por las calles tantos sueltos y sin dueños: las relaciones de viajes nos dan sobre sus hazañas pormenores que nos hacen temblar.

He pasado quince días en Lisboa, y he dedicado todo este tiempo a mis parientes y a mis amigos.

Al día siguiente a nuestra llegada fué preciso hacer una visita a la corte. Para conducirnos vino hasta nuestro buque un galeon real. Era una pesada embarcacion de los tiempos antiguos, adornada con ricos dorados y cubierta con un baldoquin escarlata; viejos remeros con los piés desnudos, los pantalones rotos, las chaquetas galoneadas de oro y las cabezas extrañamente cubiertas, maniobraban sobre aquella máquina y daban a compás cada golpe: nos llevaron hasta la ribera en medio de las salvas de artillería de la armada portuguesa.

La honra nacional aconsejaba que nos desembarcasen al pié de las gradas de mármol de la *Praça do Commercio*, que es la gloria de Lisboa; pero en lugar de esto llegamos a la extremidad de una hilera de casas sucias, y fué necesario subir con grande riesgo de nuestro aseo por un camino escarpado, en medio de piedras, de polvo y de lo demás. Llegamos por fin con el sudor en la frente a una calzada de difícil acceso, donde encontramos el carruaje de gala de la reina. Tirados por seis hermosos y robustos caballos blancos y rodeados por un escuadron de picadores vestidos de rojo y oro, caminamos cómodamente hasta el terrado en que se encuentra el palacio de *Necesidades*.

Este edificio es pequeño, pero de aspecto agradable, construido por ese gracioso estilo que guarda un término medio entre el del siglo diez y seis y el churrigueresco. Desde las ventanas y los balcones se disfruta de una vista interesante sobre una parte de la ciudad, el ancho rio y la *Otrabanda*. El patio estaba cubierto con arena encarnada muy fina, que hace un efecto agradable: pasamos por una hermosa escalera en la que fuimos recibidos, conforme al antiguo ceremonial, por numerosos criados de variadas libreas, con bastones y alabardas.

En la primera pieza del piso principal, estaba el actual sol de Portugal, el genio universal, el *Deux ex machina*, el duque de S . . . ya que es preciso mencionarlo con su nombre. Es el favorito del momento: reúne en su persona los diversos títulos de presidente del consejo, general en jefe del ejército, ministro de guerra, gran maestro de ceremonias y ayudante de campo general de la reina: en una palabra, es todo. Es un hombre grueso, que trae en el pecho una constelacion de condecoraciones, rizados los cabellos blancos como la nieve; bigotes retorcidos que terminan en puntas, tez aceitunada y anteojos oscuros montados en acero. En sus relaciones con la reina y los jóvenes príncipes, es el mas vulgar de los cortesanos.

Tuvimos que atravesar una série de salas de recibir, para llegar hasta la familia real. No puedo describir la impaciencia que tenia por conocer a la reina, cuya personalidad me interesaba por muchos títulos: era mi próxima parienta, una mujer que reinaba y habia tenido una vida de las mas agitadas. Deseaba verla en el seno de su familia, y conocer su persona fisica: mis votos se cumplian entónces, y la veía en pié, delante de mí, con un elegante traje, rodeada de su esposo y sus tres hijos mayores.

María da Gloria es alta y pone bien la cabeza, sus facciones son nobles y graves, su cabellera rubia y fina. Tiene los ojos azules de los Hapsburgos, manos pequeñas y desgraciadamente una gordura completamente portuguesa, llevada hasta un grado que asusta y realmente inaudito. A pesar de esto (lo que es el mayor elogio de su gracia natural), está llena de elegancia, y tiene vivacidad en sus movimientos. La he visto correr como una niña en sus habitaciones, y he oído decir que baila con gracia y sube muy listamente

en su coche. Vestida con un gusto exquisito, parece seductora, no obstante su obesidad: se podría añadir que hay momentos en que es hermosa.

La primera vez, y aun el primer día, me pareció reservada; apenas dijo algunas palabras, expresándose en frances muy agradablemente; mas a medida que se estableció la intimidad, desaparecieron las reservas, se mostró alegre y espiritual, aunque siempre de una manera moderada, como si tuviese pereza para hablar, lo que le da cierta apariencia de sequedad.

Cuentan hermosos rasgos que dan testimonio de su valor personal; pero le falta la energía que sabe llevar las cosas a buen fin; el ardor perseverante que con nada se cansa: puede ser muy bien que su monstruosa corpulencia sea la causa física de este defecto. Como esposa y como madre, es un raro modelo de virtudes en el seno de aquel Portugal tan corrompido. Observé con gusto que en sus adornos, en su modo de sér y en la forma con que tiene organizado su palacio, ha tomado mucho de los ejemplos alemanes.

Goza de grande popularidad y de la estimacion de todos los partidos. Si ha conservado estas ventajas en los tiempos difíciles y en medio de los trágicos sucesos, por los cuales ha pasado Portugal, lo debe en parte a su sexo: una mujer siempre sabe encontrar apoyo en la desgracia, se le perdona la debilidad y se admiran todas las pruebas que da de su energía.

Al lado de su corpulenta esposa, el rey parece pequeño, a pesar de su elevada estatura. Fácilmente se le encuentra mucha semejanza con Francisco I de Austria: tiene solamente treinta y siete años, pero representa mas edad, por la costumbre que tiene de llevar la cabeza inclinada. Por lo que toca a su talento y a su carácter, no puedo juzgar con perfecto conocimiento, en razon de haber permanecido muy poco tiempo en Lisboa: sin embargo, me siento inclinado a creer que se halla distante de la altura de su tío Leopoldo de Bélgica. Tiene en mucha importancia los testimonios de honor que se le deben, y estos van aquí mucho mas léjos que en nuestro país; pues en un viaje que hizo por las provincias, lo cercó el pueblo pidiéndole su bendicion, y él se la dió. Lleva el tratamiento de *Majestad Fidelisima*, que es uno de los títulos que el

pontificado confirió a las cinco potencias que sostuvieron la autoridad de la Iglesia; pero como esposo de la reina, bien poco le conviene esta calificacion. El esposo de una soberana reinante de Portugal, no obtiene el título de rey sino hasta despues que ha nacido un heredero del trono. Desde la dictadura de S la situacion del rey es muy penosa: quiso su desgracia que en tiempo de la revolucion se viese obligado a abdicar el mando del ejército.

Merece sinceros elogios por haber introducido en su familia la sencillez alemana, y en su corte el gusto de las naciones civilizadas. En *Necesidades*, se ve reinar el espíritu de la familia germánica: los padres se ocupan de sus hijos, y la educacion de estos se dirige de una manera metódica: estudian cosas sérias, hablan perfectamente los idiomas extranjeros, se les obliga aun en las horas de recreo, a trabajar en cosas útiles, como por ejemplo, en formar colecciones de historia natural, para lo cual las colonias proveen de un magnífico contingente, y por último, se les enseñan los ejercicios corporales que dan al mismo tiempo fortaleza y desembarazo en los movimientos.

Los tres mayores estaban presentes, cada uno con el uniforme que le corresponde: el príncipe real con el de general: Don Luis, mi camarada de profesion, con el de marino; y Don Joao, con el de oficial de infantería.

El príncipe real tiené muy marcadas las facciones de la casa de Austria, lo que le concilió mi simpatía desde nuestra primera vista. Posée un tesoro de excelentes disposiciones naturales, que por desgracia no ha sido bastante explotado; por que a pesar de la buena voluntad de sus padres, no parece que han tomado demasiado empeño en formarle ese carácter enérgico de que un príncipe necesita tanto en el día, sobre todo, atendiendo a la situacion incierta que guarda Portugal. Educado con las ideas liberales de su padre, no ha podido prevenirse contra las lisonjas de S y de la corte: pero, ¡qué raro es en general encontrar en un príncipe esa firmeza y esa independencia de juicio, que son la única base en que un soberano puede apoyarse para hacer el bien, esa mirada viva y penetrante que le es mas útil que el mejor consejero, y que le permite distinguir la razon de la locura, y el buen camino del malo! Don Pedro debería viajar por el extranjero, fuera de to-

da influencia portuguesa, para aprender a discernir el bien del mal.¹

Don Luis es un joven fresco y despejado, lleno de genialidades graciosas y traviesas; habla mucho, y bien; corre por sus venas la mas alegre sangre vienesa.

Don Joao es enteramente distinto de sus hermanos: silencioso y grave, tez lívida, cabellos negros, ojos de igual color y de mirada profunda; no tiene huella ninguna del elemento germánico; es un orgulloso Braganza de los antiguos tiempos.

Comí dos veces en la corte durante mi permanencia en Lisboa. A pesar de la parsimonia que reina de ordinario en el gasto del palacio, la mesa fué magnífica: todo era perfecto, cocina y servicio. Para mi gusto, solo un defecto habia, y era la grande abundancia de platos.

La mayor parte de todo lo que la corte tiene de grande y hermoso, data de la época del esplendor colonial. Me agrada ese lujo que se compone de viejos tesoros de arte históricos, trasmitidos en una familia de generacion en generacion.

Una cosa me sorprendió en el ceremonial: a la entrada de la reina en el comedor, fué saludada por una música militar que tocaba el himno del país. Aquí no se acostumbra en las visitas de los príncipes extranjeros, hacerles oír su himno nacional. Otra circunstancia singular: las personas que sirven en la mesa, usan el cordón rojo de la órden portuguesa. Los personajes con quienes establecí relaciones en las comidas de la corte, son: el cardenal patriarca de Lisboa, el mariscal de campo duque de Terceira, gran escudero de la reina, los ministros, y los duques de P. . . . El cardenal, digno anciano que despliega una grande energía en los asuntos religiosos, es al mismo tiempo presidente de la Cámara de los Pares. ¡Ojalá llegue a conseguir introducir en este país la influencia de la Iglesia! En este tiempo, y gracias en gran parte a la indiferencia de los que gobiernan, la religion no es mas que un accesorio. Jamás se vé un eclesiástico en la corte, todo aquí tiene un marcado color de protestantismo.

¹ Así lo hizo en los años siguientes; y cuando ha ascendido al trono, ha justificado mis palabras, haciendo la felicidad de Portugal. [NOTA DE MAXIMILIANO.]

El duque de P. . . . es un pobre hombre minado por las enfermedades; inspira aun mas compasion cuando se piensa que sus inmensas riquezas lo destinaban a gozar de la vida de la manera mas noble y mas brillante. La duquesa rivaliza en obesidad con la reina. Sin duda por este motivo la convidan siempre a la primera comida de gala que se dá a los príncipes extranjeros: seguramente la llaman para que haga contrapeso a su soberana. Siendo apenas de veinticuatro años, tiene una hija de doce. La historia de su matrimonio es de las mas curiosas: el duque de P. . . . es aquel poderoso ministro, aquel famoso embajador de Portugal, que como Esterhazy, hizo hablar tanto de sí en la vieja Inglaterra por su fausto y su magnificencia. Era ya anciano, cuando despues de haber disipado su fortuna, tuvo el capricho de hacer robar a esta niña, que entónces tenia nueve años, a sus padres que eran colosalmente ricos. Su padre era un banquero que habia rehusado este brillante matrimonio para su hija única a causa de la salud del futuro esposo. Sin tardanza ninguna la niña fué desposada con el enamorado valetudinario, y enviada a un colegio de Suiza. Los pobres padres hicieron fuertes reclamaciones; pero la pareja se encontraba indisolublemente unida por los esponsales: P. . . . era un hombre poderoso, y el país en que esto pasaba se llamaba Portugal. Hoy la duquesa nada en la opulencia. . . . y en la grasa: parece haber aceptado su suerte con una resignacion de todo punto cristiana: cuida de su marido con abnegacion perfecta, y consagra los ratos de ocio que le quedan a gozar de su título y de su gran fortuna. Su aventura hizo ruido por uno ó dos dias: en la sociedad no se hablaba mas que de este rapto; pero transcurrió el tiempo y no se volvió a pensar en él.

Entre los ministros solamente observé al de negocios extranjeros, que segun me dijeron es el mas célebre escritor de Portugal. Sospecho mucho que escribe mas de lo que hace; sin embargo, habla el francés bastante bien.

Por el contrario el mariscal de campo duque de Terceira, es el tipo del perfecto caballero de los antiguos tiempos; un hombre lleno de miras superiores y excelentes, un personaje de consumada dignidad y cuyo encuentro es una buena fortuna para los extranjeros.

Dos noches estuve con la reina. La primera en el teatro *San*